

La gestión cultural en la biblioteca en tiempos de crisis

José Ramón GÓMEZ SESMA*

Este texto no pretende ser un estudio o un análisis concienzudo en torno a la gestión de las bibliotecas en el marco de la crisis, sino más bien una reflexión, particular y poco fundamentada, sobre preocupaciones e impresiones que nos suscita esta cuestión.

En estos tiempos que corren, entre quienes nos dedicamos a “esto de la cultura” empiezan a ser habituales —incluso un tanto apabullantes— las expresiones y opiniones que invitan a reconsiderar la función de espacios, contenedores y profesionales de la gestión cultural a través de términos como “adaptarse”, “reinventarse”, “aprender a venderse”, “redefinirse”, “darle la vuelta”..., en un ejercicio que se nos antoja poco acertado, pero natural en el marco de una crisis socioeconómica como la que estamos atravesando. Por un lado, quien más, quien menos, ha de buscarse la vida o ha de analizar o justificar su papel en el entramado cultural; por otro lado, estas opiniones reflejan una auténtica crisis de identidad en torno a la verdadera dimensión de la CULTURA —así con mayúsculas— y por ende de quienes dedicamos buena parte de nuestro interés, tiempo y esfuerzos a ella (en algunos casos, además, recibimos un salario por ello).

Otro aspecto que se está configurando como lugar común y que termina sobrevolando el ambiente general —no solo en el ámbito cultural— es el hecho de señalar los momentos de crisis como propensos o ideales para que germinen y se desarrollen nuevas ideas. Nos cansamos de oír que es en las coyunturas complicadas donde surgen las grandes iniciativas, las innovaciones que permiten el progreso social e individual. Se dice que los tiempos de crisis son tiempos de oportunidades, si se sabe dar la vuelta a las cosas.

No es mi intención contradecir ambas cuestiones. Efectivamente, quizás sea preciso adaptarse a la coyuntura socioeconómica y “hacer de la necesidad virtud” para lograr redimensionar la gestión cultural y, de paso, justificar que nuestros esfuerzos merezcan una compensación económica y una condiciones de trabajo dignas. Pero, quizás porque partimos de que el trabajo que venimos desarrollando desde hace ya muchos años es el adecuado, cuesta “reinventarse” sin tener la impresión de cometer una especie de fraude o autoengaño. Además, en muchas ocasiones hemos visto como las innovaciones o las “grandes ideas” terminan convertidas en una nueva versión de la “rueda cuadrada” que, pese a ser un magnífico invento para frenar algunas caídas o retrocesos, aporta más bien poco si se trata de avanzar. Aun a riesgo de ser tachados de inmovilistas, consideramos más oportuno redescubrir las incuestionables virtudes de la rueda redonda —somos conscientes de la redundancia del adjetivo— y apostar, en todo caso, por nuevos materiales que la hagan rodar mejor, engranajes que permitan aumentar la

123

* Bibliotecario y gestor cultural

potencia o la velocidad, fuentes de energía (a ser posible limpias y alternativas) que la impulsen, e incluso elementos decorativos que la hagan más vistosa y atractiva.

Pero mejor dejamos por ahora las metáforas y las reflexiones abstractas y vamos a aterrizar en el asunto que nos ocupa: las bibliotecas, la gestión cultural y la crisis.

Etimológicamente la palabra biblioteca remite a un espacio en el que se guardan libros. La vieja imagen de un lugar frío y con cierta pátina y solera, regentado por una *señorita* cuyo cometido más importante era hacer guardar silencio y evitar que el precioso tesoro de los libros cayera en manos profanas, afortunadamente ha pasado al ámbito del mito más o menos recurrente. Las bibliotecas se han configurado no solo físicamente, sino también en el imaginario colectivo, como espacios que cumplen una triple función cara a sus usuarios y a los ciudadanos en general¹: formativa, informativa y de ocio. En cuanto al tipo de documentos presentes en una biblioteca, con el paso del tiempo ha tenido lugar un cambio sustancial y las bibliotecas albergan cualquier tipo de materiales que contribuyan a cumplir esa triple función, además de medios técnicos con los que acceder a recursos externos, fundamentalmente vía Internet. Cualquier usuario está familiarizado con la presencia entre las estanterías de vídeos en distintos formatos, fonotecas más o menos amplias y especializadas, material bibliográfico de consulta, ensayos, obras de ficción... y ordenadores con los que poder acceder a un repertorio casi infinito de recursos e información.

124

Pero la mera presencia o posibilidad de acceso a variados materiales de lectura, no implica que esa triple función se desempeñe de un modo óptimo, ni siquiera adecuado. Cuanto mejor dotada de fondo documental, materiales y recursos técnicos esté una biblioteca, evidentemente tendrá más posibilidades de informar, formar y fomentar el ocio cultural entre sus usuarios, pero esto no se consigue de un modo automático. Es esencial que el personal gestor de la misma planifique y desarrolle iniciativas que contribuyan al logro de ese triple objetivo y, sobre todo, incidan en la participación e implicación de los propios usuarios en dichas iniciativas. Ahí recae fundamentalmente el paso cualitativo que las bibliotecas han dado como espacios culturales. Volviendo a la imagen mítica de la *señorita* encargada de preservar su depósito de libros, las bibliotecarias —en femenino, porque efectivamente son mayoritariamente mujeres— han borrado de un plumazo ese arquetipo y se han convertido en las mayores y más expertas dinamizadoras culturales en un espacio privilegiado para ello: la biblioteca.

En el ámbito formativo, el trabajo del personal bibliotecario se viene centrando en facilitar a los usuarios el acceso a materiales con los que formarse y en orientar esa formación, pero también en el diseño de actividades que permitan ‘aprender a aprender’ o en la organización de cursos y talleres sobre aspectos tan significativos como la comunicación o la creación literaria.

En cuanto a la función informativa de la biblioteca, el esfuerzo y dedicación invertido en la organización de los materiales informativos, haciéndolos accesibles a los usuarios, es solo una

1. En este artículo nos referimos fundamentalmente a las bibliotecas públicas, más allá de la titularidad de las mismas, dejando a un lado las bibliotecas especializadas, universitarias o privadas y de uso restringido.

pequeña parte de las múltiples y variadas propuestas que se diseñan y desarrollan: elaboración de centros de interés y guías de lectura, organización de charlas, exposiciones, proyecciones...

Y qué decir del ocio, donde las bibliotecas públicas se han configurado como el espacio cultural por excelencia. Desde ellas se han desarrollado distintos y, en ocasiones, sorprendentes programas que fomentan el placer, la satisfacción por la lectura en distintos medios y soportes. Las bibliotecas se han convertido en el lugar en el que la narración oral ofrece su verdadera dimensión; en un espacio en el que debatir y compartir experiencias lectoras a través de tertulias, grupos o clubes de lectura. *Disco-fórum*, actividades teatrales, grupos de trabajo en torno a géneros literarios, propuestas artísticas, fotografía y diseño, tertulias cinematográficas, conciertos... hay infinitas posibilidades de entretenimiento que suelen desarrollarse en bibliotecas.

Las bibliotecarias son plenamente conscientes de la importancia que tiene la realización de programas de formación de usuarios, la organización de tertulias o clubes de lectura, la organización o presentación especial de un repertorio de obras, la realización de guías de lectura... Todas estas propuestas han permitido desarrollar un concepto de cultura en el que el acceso a los bienes culturales resulta tan importante como la actitud participativa de los destinatarios de estas acciones. De este modo, los propios usuarios se sienten partícipes de la biblioteca y de su programación, pasan a considerarla suya, con lo que eso representa en cuanto a implicación personal y desarrollo de actitudes positivas ante la cultura por parte de los ciudadanos. Ésta es la función fundamental de la biblioteca, que adquiere una mayor dimensión como espacio democratizador en este momento de crisis, al facilitar el acceso a los bienes culturales a todos los ciudadanos.

125

Al sentir la biblioteca como un espacio propio, los usuarios refuerzan sus vínculos sociales, ya que también se sienten integrados en una comunidad: la de los lectores. Este sentimiento les anima a compartir sus experiencias culturales con personas o colectivos afines, una tendencia que está en la base de fenómenos tan llamativos como el espectacular despliegue de los clubes de lectura, las catas de vino y literatura o las "quedadas" de *tuiteros* o *blogueros* en espacios bibliotecarios que "desvirtualizan" sus interacciones en las redes sociales, por poner algunos ejemplos.

Todo este entramado de servicios y programas culturales se ve seriamente amenazado por una doble crisis: la crisis del libro y la crisis económica.

Respecto a la primera, afecta directamente a la imagen social de las bibliotecas y, consecuentemente, a su prestigio como dotación básica indiscutible. Y es que a medida que la lectura digital (sea cual sea su soporte: *e-book*, *tablet*, *smartphone*...) va ganando terreno frente al libro impreso, y sin entrar a valorar una tendencia que ya es tan real como irrefrenable, se va extendiendo entre ciertos sectores (personas que nunca han llegado a desarrollar una cultura bibliotecaria) cierto malentendido: si se puede tener al alcance de un "clic" toda la información ¿quién necesita las bibliotecas?

Evidentemente, la respuesta es que es más importante que nunca que los profesionales de la información ayuden a los ciudadanos a desenvolverse en un contexto saturado de datos indis-

criminales y sin jerarquía. Es necesario desarrollar planes formativos para acceder a la información, contrastar diversas fuentes, obtener conocimiento y gestionar de un modo consciente y responsable la propia información que se emite a través de las redes sociales. También resulta vital seguir ofreciendo ese espacio real de encuentro cercano y humano, cálido y directo, más allá de los contactos virtuales *on-line*.

Lamentablemente, esa incultura, ese cuestionamiento de la institución bibliotecaria es especialmente peligroso en tiempo de recortes, nos hace más vulnerables, ya que supone la coartada perfecta para recortar servicios sin pudor y, cada vez con más frecuencia, suprimir bibliotecas.

Y es esa otra crisis, la omnipresente crisis económica, la que está poniendo en cuestión la mayor parte de las iniciativas expuestas en este artículo, fundamentalmente porque se están recortando las partidas destinadas a su gestión y desarrollo —cuando no se cierran o suprimen directamente bibliotecas—, lo que conlleva una grave pérdida de fatales consecuencias. La escasez o falta de recursos con los que acometer todas estas acciones está siendo el obstáculo más importante para el desarrollo de la biblioteca como manifestación estable de cultura, como espacio de integración y de participación ciudadana. Precisamente ahora, cuando intenta asentarse la idea —la falacia— de que el acceso a la información y a los productos culturales no precisa de lugares concretos porque todo está en la red, se pretende suprimir los programas que inciden en esa otra dimensión de las bibliotecas: la de espacio de encuentro ciudadano, de socialización cultural, de participación.

126

Ante esta situación, hay que hacerse visible —no queda otra opción—, mostrarse imprescindible y no cejar en demandar y reclamar con la mayor contundencia una apuesta firme y decidida por las bibliotecas por parte de las administraciones, a partir de esa idea de biblioteca activa y dinámica, en la que se cuente con un presupuesto básico con el que seguir trabajando y desarrollando programas formativos, informativos y de promoción cultural, ahora más necesarios que nunca².

No es aventurado pensar que no se nos va a hacer ningún caso, y que empeñarnos en una postura de resistencia a ultranza puede tener consecuencias negativas para el servicio que prestan las bibliotecas, si se cae en la desmotivación o el acomodo de los profesionales a una situación que puede concebirse como irremediable y se adopta como expresión el inmovilismo o la desafección hacia el trabajo.

No podemos permitir que la actitud irresponsable y la estrechez de miras de quienes mueven los hilos lleguen a causar un daño irreparable a las bibliotecas. Por ello, los profesionales hemos de adoptar una actitud en la que, sin cejar en la reivindicación y en la defensa de un trabajo bien hecho, se siga poniendo ganas e ilusión; se potencie esa idea de biblioteca viva,

2. En un reciente artículo de prensa —'Guadalajara, la biblioteca que resiste'—, muy comentado en foros bibliotecarios y redes sociales, además de mostrar el magnífico trabajo de los profesionales de la biblioteca pública de Guadalajara, se señalan una serie de iniciativas con las que se intenta paliar los efectos más visibles y duros de la crisis en la biblioteca, a través de la contribución-implicación de socios y usuarios. Quizás ése sea uno de los caminos a explorar. CONSTENLA, Tereixa. "Guadalajara, la biblioteca que resiste". *El País*. 13 octubre 2012. http://cultura.elpais.com/cultura/2012/10/13/actualidad/1350148036_241892.html.

se trabaje por hacer comunidad, por lograr que las bibliotecas públicas sean consideradas como el espacio de desarrollo cultural por antonomasia. Eso está en nuestra mano, y eso lo sabemos hacer muy bien, sin necesidad de un gran despliegue de medios, porque en austeridad somos expertos. Llevamos mucho tiempo consiguiendo logros nada desdeñables con recursos siempre limitados, y en nuestra mano está que esto siga siendo así, que el dinamismo que viene caracterizando la acción de los bibliotecarios se mantenga como rasgo definitorio de nuestro quehacer diario.

Se lo debemos a la biblioteca, a sus usuarios, a la propia idea de cultura que difundimos y defendemos. Y nos lo debemos, sobre todo, a nosotros mismos, porque quizás sea el modo más lícito y satisfactorio de reivindicar y dignificar un trabajo imprescindible.